

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

UN comerciante se queja de que los viajantes no le dejan en paz. Recuerdo mucho a los viajantes de mi infancia y, ahora que lo pienso, no veo razonable aquel sentimiento de ternura que yo les guardaba como si ellos fuesen los seres más desvalidos del mundo. Ya podían venir bien trajeados; ya podían estar tenidos y mantenidos a cuerpo de rey en el Hotel Comercio o en la Condesa, viajeros con kilométrico de primera clase. El caso es que yo esperaba con el alma en vilo que soltasen los correajes de sus abultadas maletas y una gran tristeza me sobrecogía si mi padre sentenciaba que aquello no venía en precio, o que había crisis -toda mi vida oí decir que había crisis-, o que en la tienda teníamos de todo, "fíjese usted mismo en las estanterías". Entonces el vendedor insistía tenazmente o comprendía o rogaba -"cualquier menudencia, lo justo para sacar el lapicero"- o se despedía con fría dignidad; cada cual según su carácter. Si definitivamente no había nota, sentía yo una dolorosa frustración.

La verdad es que eran un símbolo. Un día extraño se eclipsaron todos como tragados por una sima misteriosa y enorme, una ausencia que iba a coincidir con el tiempo ruin del pelear entre hermanos y de la escasez. Pero si su desaparición fue súbita, lento y penoso habría de conocerse su retorno. También lo recuerdo, o todavía más. El primero fue un señor maduro y socarrón, baqueteado en todas las fondas y en todos los trenes de España. Se excusó, aunque nadie le había hecho reproche, de traer sellos de caucho con jaculatorias patrióticas y hojas de afeitar en lugar de lo suyo auténtico, que eran cubos galvanizados de Bilbao. Lo de las hojas de afeitar lo consideraba él impropio de un hombre con toda la barba, y nunca he llegado a comprender que ese artículo, precisamente ese, pudiera parecerle a nadie materia de poca virilidad.

El "marketing" ha cambiado el viaje comercial. En bastantes casos lo hacen trabajadores fijos, escogidos por lo que ahora se llama agresividad, jóvenes, formados a imagen y semejanza de la empresa, empleados en nómina como el administrativo o el almacenero. Además, las casas suelen dividirse en regiones que en ejemplos importantes empiezan a llamarse áreas -el comercio tiende mucho a la hipérbole- y familiarmente, en el cuchicheo interior, virreinos. Así es posible, con el auxilio indispensable del coche, que el agente recorra su terreno de lunes a sábado, sin el riesgo de encontrar con bigote al hijo que se ha dejado imberbe.

Ahora, vaya por Dios, oigo la declaración, un poco teñida de disgusto, de que hay muchos, demasiados, cada vez más inspectores asesores de ventas, delegados, promotores, ese sin fin de sinónimos como corresponde a la actual devoción por las titulaciones enfáticas. Sí; es una dura, feroz batalla la competencia. Pero más vale esto que... lo otro. Porque cuando ellos -los viajantes- dejan de hacer la ruta, ya se sabe: algo malo pasa por el mundo.

EN verano, León es una ciudad centrípeta. En invierno, centrífuga. O llanamente dicho: En contra de lo que suele ocurrir cuando la otoñada, los calores de San Juan (que igual pueden ser los fríos) empiezan a traernos leoneses de por esos mundos de perdición. Rogelio de Castro se adelantó este año. Con el poeta del Curueño, ahora diplomático o así en la alta torre de las Naciones Unidas, los rescoldos de las viejas camaraderías literarias se reconfortan. El aporta, a la mesa rápidamente concertada en cualquier figón del Barrio Húmedo, el esplín elegante de su larga aventura humana. Desdeña el avión de la vulgaridad y escoge para sus idas y venidas el trasatlántico. De la vida en el barco cuenta episodios turbadores. Si no todos fuesen ciertos -que a lo mejor lo son-, siempre habríamos ganado un relato como de Somerset Maugham. Sólo que mejor. Luego habla de la última novela importante de Norteamérica. Nosotros lo escuchamos insomnes, pero también con la malicia de vigilarla ocasión de su desfallecimiento -que siempre llega-: la confesión de que toda la vida bulliciosa como un champán en Nueva York no vale la pena si no deja lugar a esas otras burbujas, tan humildes y verdaderas, de lo que en nuestra 'habla vinícola llamamos "el riscante".

Ahora mismo, Rogelio de Castro escribe más que publica, lo que muchos podrían imitar. Yo sé que cualquiera de estos años nos ofrecerá "El regreso". No con ese título, ya registrado, pero sí con la idea que las dos palabras dejan deducir. Después de tanto Miller, y Dylan Thomas, y Faulkner, será un libro machadiano, con poemas a las moscas, a la siesta sombría, a las patatas con bacalao.